LA ESPERANZA ESPAÑOLA EN EL RÍO DE LA PLATA

Montevideo bajo sitio (1812-1814)

William REY ASHFIELD
Profesor universitario de arte
y de historia de la arquitectura

Los últimos años de dominio español sobre las costas del Río de la Plata deben analizarse en relación bien directa con un escenario más que acotado: la ciudad de Montevideo y su puerto. En la defensa de este enclave residía la esperanza peninsular de mantener el control territorial de esta parte de América en tiempos de revolución, así como del enorme espacio oceánico que controlaba y administraba desde allí. Montevideo era una ciudad importante no solo para el territorio fronterizo conocido como Banda Oriental, sino también para un contexto mucho mayor que involucraba a toda el área del Atlántico sur y las líneas costeras bañadas por este océano.

Tal como se sabe, Montevideo fue sede –desde 1776– del llamado apostadero naval, factor que resultaría clave en su proceso de consolidación urbana, así como en su reposicionamiento geopolítico dentro de un contexto territorial mayor. A partir de ese año y hasta 1807, en que se produce el sitio previo a la toma de la ciudad por los ingleses, Montevideo conoció un crecimiento continuo en materia económica y demográfica, que se tradujo a su vez en un robustecimiento de sus infraestructuras urbanas y portuarias. Mejoras como la construcción de un muelle hasta entonces inexistente en su puerto, el fortalecimiento de la capacidad de trabajo y arreglos navales en su atarazana, la construcción de una farola en la cumbre del Cerro de Montevideo[1] y un nuevo edificio de control aduanero, son muestras inequívocas de este proceso, con construcciones todas que se materializarían antes de 1807.

La ciudad, fundada bajo una fuerte lógica militar, se vincularía en sus inicios a un ejército de tierra. Pero, a partir de 1776, se introduce un cambio sustantivo con la consolidación de un centro naval provisto de una importante flota estable que, aunque limitada en sus capacidades reales, desarrollará

(1) Algunos proyectos de señalización en el Río de la Plata, como el de la isla de Flores, no llegaron a concretarse sino varios años después. Sin embargo, fue propósito permanente de la gobernación de Montevideo su real materialización, encomendándose para tal fin un proyecto al ingeniero militar Bernardo Lecoq, al que sucederían otros diseños con igual propósito.

largos recorridos oceánicos, incluyendo las islas Malvinas, el estrecho de Magallanes y la costa occidental de África. Las fuerzas militares de origen naval serían, de esta manera, las que debieron enfrentar a las tropas que, dos veces, asediaron y sitiaron la ciudad, luego de la Revolución de Mayo.

Los tiempos de guerra sucedidos entre 1807 y 1814 se constituyeron en verdaderos frenos al crecimiento de la ciudad, marcando algunos puntos de inflexión histórica dentro de su desarrollo, tanto en la dimensión físico-material como en la social. Pero nada podría explicarse, en relación a los hechos de armas, sin reconocer, a su vez, que el Montevideo de aquellos primeros años del siglo XIX fue un verdadero reducto del realismo, con una población mayoritariamente leal a la figura del monarca español.

Guerra y miedos sociales

Más concretamente, entre 1812 y 1814 la ciudad sufrió el más agudo proceso de destrucción en su historia, impactando con rigor en su realidad edilicia y en todo el colectivo social. Se trató de un proceso diferente al de sitios anteriores –tanto por su escala como por su impacto real–, y también al de otros que se sucederían más tarde[2]. La ciudad hubo de sobrevivir a múltiples conflictos y discusiones internas, así como a increíbles estrategias y adaptaciones humanas para enfrentar las manifestaciones propias de la escasez y el abandono. En este sentido, importa señalar que aquella sociedad urbana se vio afectada por profundos estados de decaimiento y escepticismo general, al tiempo que intentó aprovechar contadas instancias de júbilo y alegría para fortalecer su entereza moral y su voluntad de sobrevivencia.

El comienzo de ese segundo sitio a Montevideo debe ubicarse en octubre de 1812[3], ya que es la instancia en que las autoridades españolas dan cuenta de la presencia de algunos actores enemigos –en particular, la figura del jefe artiguista José Culta– en cercanía a las murallas de la ciudad[4]. Esta presencia es

---

(2) Deben tenerse en cuenta en lo previo la corta presencia de los ingleses dentro de la plaza de Montevideo en 1807, y el primer sitio de los patriotas (de 1811 a 1812), ambos más cortos que el referido. En años posteriores debe considerarse el sitio de la llamada Guerra Grande que, aunque más largo en tiempo, no significó lo mismo para la ciudad –al menos en materia de destrucción edilicia–, y de él no se derivaron resultados tan devastadores como los resultantes del sitio entre 1812 y 1814.

(3) Es bueno recordar, sin embargo, que el proceso de militarización de la ciudad había empezado algún mes antes, cuando el gobernador Vigodet dispuso movilizar a los vecinos. Fue más exactamente el 20 de julio de 1812, en que se dicta el bando correspondiente sobre el supuesto de un nuevo encuentro contra los rebeldes. Véase Archivo Artigas VII, pp. 41-43.

(4) Es interesante comprobar que una de nuestras fuentes centrales para este artículo (el *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812, 13 y 14*, de Acuña de Figueroa) comienza su narrativa, precisamente, el día 1 de octubre de 1812. Sin embargo, el texto de Bartolomé Muñoz (1954), que constituye la segunda fuente de importancia, se retrotrae al 30 de agosto como inicio, realizando interesantes apreciaciones sobre los preparativos del sitio y el estado de ánimo que se vivía por entonces en los territorios próximos a la ciudad. ACUÑA DE FIGUEROA: 1890. MUÑOZ: 1954.

comunicada a la población del recinto urbano por las autoridades españolas pintando a Culta como un bárbaro que, acompañado de indios salvajes, va asolando las tierras que ocupa. Aun cuando Francisco Acuña de Figueroa, montevideano y testigo presencial inclinado hacia la causa realista, se despega de estas versiones y las relativiza en su diario, confirma igualmente que ellas ya están instaladas en el imaginario ciudadano. Con más espíritu detallista acerca de estas versiones que circularon en Montevideo, otro actor-testigo –en este caso, partidario de la causa revolucionaria–, Bartolomé Muñoz[5], dice en su diario personal: «Los enemigos q.e siempre daban otro semblante a las noticias favorables p.a hacerlas dudar quando menos, al instante dixeron q.e algunos ladrones unidos con los Indios charrúas eran los q.e habían entrado á Pintado, á robar» (Muñoz: 1954, p. 169)[6].

La cuestión indígena tiene aquí múltiples ribetes a considerar dentro del contexto de la guerra, ya que era capaz de provocar temores que podían incluso afectar a los propios actores del bando revolucionario, tal como expone el mismo Muñoz un año más tarde, cuando realmente aparecen en escena ciertos grupos de charrúas, en su texto del día 18 de julio de 1813: «Llegaron oi los Indios charrúas: fue preciso acampar a 3. leguas de distancia p.r su conducta incibil aunq.e su Gefe caciquillo D.n Man. Artigas mui tratable» (ib., p. 192).

Pero la construcción de los miedos no solo promovió un continuo estado de inseguridad como resultado de las estrategias de comunicación establecidas, sino que también produjo situaciones de verdadero descontrol dentro de la plaza[7]. Vale señalar también en este sentido aquellos miedos instalados, en materia de seguridad, por las propias autoridades españolas a la población sitiada, estableciendo penas a quienes no portasen las documentaciones formales durante la noche, o bien sobre aquellos que saliesen del área amurallada sin los permisos necesarios[8]. A estas tensiones deben agregarse los recuerdos del primer sitio a la ciudad, que tuvo lugar durante el año 11 y parte del 12, cuando aquellas personas cuya residencia se establecía extramuros perdieron sus bienes bajo los efectos más destructivos de la ocupación patriota.

La ciudad amurallada debía constituirse ahora en un reducto defensivo que no solo protegiera a sus vecinos, sino también todos aquellos bienes que se

---

(5) Autor asimismo de un plano del sitio que reproducimos en la página 149 de este trabajo.

(6) Comentarios análogos sobre este tipo de versiones instaladas en la ciudad pueden registrarse en las fechas de 29 de setiembre de 1812 y 3 de octubre de 1813.

(7) Un suceso documentado, acaecido durante los primeros días de octubre de 1812, es elocuente de los miedos reinantes y sus afectaciones, instalando cierta histeria colectiva dentro del recinto amurallado. Un hombre irrumpió en una de las pulperías de Montevideo gritando que los revolucionarios habían ingresado a la ciudad «matando y degollando». Este hecho motivó una rápida respuesta de los parroquianos, que salieron a la calle gritando «¡viva España!» y «¡viva el rey!», buscando contagiar al resto del colectivo y exigiendo a todos los que encontraban a su paso la incondicional adhesión a la causa realista. Tal suceso generó un tumulto, así como la acometida de quienes no adherían al griterío de las consignas; el resultado fue la muerte de un granadero, al que Acuña de Figueroa agrega dos muertos más en su diario.

(8) Disposición del bando de Vigodet antes citado, de fecha 20 de julio de 1812.

pudiesen trasladar. Este fenómeno debe señalarse por su importancia en materia de efectos urbanos, dada la imposibilidad de recibir a casi tres mil nuevas personas –de acuerdo al estimativo numérico de los habitantes incorporados que fuera realizado por Acuña de Figueroa– que ingresaron en pocos días con muchos de sus bienes al hombro. Este rápido o inmediato aumento demográfico –de tomar el dato aportado por el mencionado autor– daría lugar a un crecimiento del veinte por ciento respecto del total de pobladores ya existentes, causando problemas de localización y afincamiento básicamente en las zonas de la ciudad más libres de los impactos de la artillería rebelde.

Paulatinamente se irían instalando nuevas problemáticas dentro del recinto amurallado, como la escasez de alimentos y de auxilios a enfermos, la insuficiente asistencia a los huérfanos –que iban en acelerado aumento–, la generación de múltiples focos de infección y la incapacidad de materializar enterramientos. Todos estos factores generaban diferentes conflictos y tensiones internas que se agregarían a los efectos de las muertes directas producidas de suyo por la guerra. Este era, en esencia, el perfil del paisaje social que exponía entonces la ciudad.

Actores bélicos y cartografía de lo destruido

Tal como se dijo antes, el bando realista instalado dentro de las murallas de Montevideo contaba, por sobre todo, con las fuerzas de la Marina española, aunque algo diezmadas por el fuerte revés ocurrido en la batalla de Las Piedras, un año antes[9]. Pero aún era clave la fuerza de su flota naval, que cumplía con un indispensable triple rol: controlar todo intento de apoyo por vía marítima a los sitiadores, proteger la llegada de embarcaciones que podían proveer de alimentos y armamento a las fuerzas realistas y, finalmente, desarrollar operaciones de artillería sobre las instalaciones militares que los revolucionarios buscaron establecer en el entorno de la bahía de Montevideo.

Por su parte, el sector revolucionario contaba con fuerzas provenientes de Buenos Aires y con la participación de actores locales de la propia Banda Oriental; estos últimos operaban bajo las órdenes directas de José Artigas. A lo largo de todo el proceso, dichas fuerzas sitiadoras se vieron afectadas por tensiones entre las milicias bonaerenses y aquellos locales bajo la dirección del jefe oriental. Durante gran parte de este conflicto, sin embargo, los sitiadores superaron a los realistas en muchas de las acciones de tierra, aunque sin ser capaces de quebrar la sólida barrera que constituía el sistema amurallado de la ciudad.

Los realistas solo pudieron desplegar una lógica de *guerra de guerrillas*, es decir, acciones repentinas de salida fuera de muros, provocando bajas y prisioneros o robos de alimentos y ganado, afectaciones circunstanciales en pos de

(9) El 18 de mayo de 1811, bajo la dirección militar de José Artigas, los españoles fueron derrotados en cercanía a la población del mismo nombre.

Plano del sitio de Montevideo por el ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata, levantado en 1813 por el ciudadano Bartolomé de Muñoz

ganar tiempo hasta la llegada de supuestos refuerzos peninsulares[10]. Estas acciones generaban deterioros muy parciales en el *stock* edilicio-militar enemigo, que además estaba bastante disperso en el territorio. La realidad de sus fuerzas y del equipo de guerra solo permitió a los españoles este tipo de acciones, ya que los impactos directos provocados por la artillería del recinto eran, dada la distancia a los objetivos enemigos, escasos y muy débiles. Sin embargo, más efectivas fueron ciertas acciones derivadas de la artillería operativa desde embarcaciones, acciones dirigidas a las instalaciones que los rebeldes habían materializado en tierra, en proximidad a la bahía, las cuales constituían verdaderas trincheras de resistencia. Nos referimos a instalaciones como el Caserío de los Negros y tantas otras construcciones bajo su control, en el área de la Aguada y Arroyo Seco, que serían asediadas desde los buques españoles. Las operativas navales permitieron durante un tiempo debilitar y postergar mayores avances de los patriotas, realizando destrucciones importantes en esos puntos.

Si analizamos los impactos alcanzados por el fuego revolucionario en zona de intramuros, es posible identificar una fuerte destrucción, sobre todo en sectores singularmente expuestos a las acciones del mortero rebelde, en particular en el periodo posterior a setiembre de 1813. Hasta esa fecha, los efectos destructivos en materia urbana habían sido relativos, al tiempo que se mantenía una paridad de fuerzas en ambos bandos. Pero a partir de ese mes se asiste a un cambio significativo en favor de los revolucionarios, dado el uso de una nueva tecnología de morteros desarrollada en Buenos Aires. Dichos morteros, diseñados por un español llamado Ángel Monasterio –quien sería objeto de las peores recriminaciones y ofensas por parte de las autoridades montevideanas, precisamente por su origen hispano–, permitían un alcance de más de 1.500 toesas, es decir de algo menos tres kilómetros[11]. También sabemos que la batería desde donde operaban los dos morteros incorporados estaría ubicada en una hondonada, en la actual zona de Arroyo Seco, lo que la volvía invisible al contraataque realista desde el mar. Se activaba así una importante asimetría militar que continuaría con la posterior conformación de una flota naval insurgente, capaz de hacer frente a la que hasta entonces había resultado hegemónica.

Importa, muy en particular, el conjunto de afectaciones provocadas directamente sobre la ciudad como resultado del funcionamiento de aquella nueva batería. Se identifica así que ciertas zonas inicialmente a resguardo de la muralla empezaban ahora a ser el blanco de los nuevos morteros. Mientras las cercanías a la plaza principal de la ciudad, así como al entorno próximo a las instalaciones portuarias, no parecieran seguras, se volvía imperioso el realojo

---

(10) Si bien Montevideo recibió refuerzos peninsulares, estos no cambiaron mayormente el estado general de situación. En este sentido, en fecha 12 de agosto de 1813 llegaron refuerzos desde Cádiz para la defensa de Montevideo.

(11) En su diario (p. 196), Muñoz hace referencia a este alcance de los morteros en fecha 25 de agosto: «Se probaron los morteros con feliz resultado y extraordin.º alcance de más de 1.500 toesas». Si esto es así, efectivamente toda la península urbana estaría bajo fuego, aun cuando se puedan distinguir zonas más afectadas que otras.

de las familias que estaban más expuestas por residir en aquellas manzanas. La nueva zona elegida parecía ser el sudoeste de la ciudad, es decir, la más cercana al mar[12], aunque esto no impedía su definitivo alcance. Es de recordar que el área norte y noreste era, precisamente, la zona más consolidada de la ciudad, con mayor densidad poblacional, además de ubicarse en ella las familias de mayor antigüedad y capacidad económica, que ahora se veían fuertemente asediadas.

Todo el frente de la bahía quedaría rápidamente afectado por la acción de la artillería de los revolucionarios, fenómeno corroborado en fecha 29 de julio de 1813, cuando sea registrado el alcance de una bomba sobre el fuerte de San José, ubicado en el extremo noroeste de la península de Montevideo. Es de recordar que la actividad portuaria era esencial para la resistencia de la ciudad, tanto en lo que hace al ingreso de alimentos que llegaban de otras regiones como de soldados y pertrechos. La llegada de tropas de auxilio provenientes de Cádiz en apoyo a los realistas, ocurrida en 12 de agosto del mismo año, impuso la necesidad de fijar un nuevo sitio de desembarco: la playa del Baño de los Padres, más al oeste del viejo muelle existente y menos expuesta a los morteros, Aun así, los riesgos no desaparecerían, porque el alcance de la artillería producida en Buenos Aires era bastante mayor.

El número de muertes y heridas letales producidas por efecto de las bombas era mayor en las mismas calles de la ciudad, a lo que se añadía sus efectos sobre las cubiertas de las casas. La tirantearía de madera y las tejuelas, tanto en azoteas como en entrepisos, resultaban inútiles como defensa de los lapidarios morteros, tal como indica, en clave poética, Francisco Acuña de Figueroa: «Los tirantes que las bombas / al reventar levantaban, / y los escombros formaban / tremenda lluvia al caer». La necesidad de garantizar la seguridad de cubierta promovió, precisamente, que muchas familias solicitasen permiso para alojarse en las construcciones militares conocidas como «bóvedas», de cubierta a prueba de artillería, a pesar de estar más cerca del fuego enemigo.

Escasez, enfermedad y frustración

El sitio a Montevideo provocaba múltiples transformaciones respecto de lo que había sido la apacible vida urbana colonial. Se produjo entonces el cambio de lugar de muchas funciones tradicionales por razones de seguridad, fenómeno que debía sumarse a las decepciones y tristezas propias de la guerra. La iglesia mayor debió interrumpir su tradicional servicio a los fieles, dado que varias bombas enemigas la habían alcanzado, aunque sin mayores daños. Otros templos de la ciudad, como la iglesia de San Francisco, resintie-

---

(12) Nos dice al respecto Acuña (t. I, pp. 329 y 330), en fecha 14 de setiembre de 1813: «Temiendo el vecindario una sorpresa / (y esta vez el recelo no le engaña) / en los barrios distantes, casi todos / de las fatales bombas se resguardan».

ron sus actividades por estar muy expuestas al fuego enemigo. La Casa de Ejercicios, la plaza del fuerte de San José y la capilla del hospital de la caridad se constituían a partir de entonces en los nuevos escenarios de la liturgia. Esta indiscriminada acción bélica sobre los espacios propios de la vida civil será objeto de duras críticas contra los rebeldes, incluido el ya citado diario de Acuña de Figueroa.

Otros servicios básicos, como los hospitalarios, fueron bastante afectados, pero también algunas instalaciones militares debieron ser trasladadas, en particular ciertos depósitos y el resguardo de algunos regimientos[13]. Puntos tan alejados como el Cuartel de Dragones, en el extremo sudoeste de la ciudad, habían recibido impactos de la artillería rebelde, aunque este se mantuvo en sitio.

Actividades tradicionales como el teatro, ajustadas al edificio de la Casa de Comedias, debían ahora alentar el ánimo general, al tiempo que apoyar financieramente parte de la guerra o bien programas sociales conexos. En este sentido, nos ilustra Acuña:

> «Los cómicos dieron ayer, generosos, / comedia suntuosa do el pueblo acudió, / en pro de los restos del cuerpo de Albuera / que en fiero naufragio el cielo libró. / Quijano al Gobierno, en nombre de aquellos, / hoy todo el producto le vino a ofertar; / logrando con esto la fiel compañía / de humana y patriota el lauro a la par»[14].

Tal como vemos, la ciudad vivió sostenidos cambios y fuertes temores, así como demandas de traslados que nos hablan de angustias sociales, sumadas a la muerte o heridas de pobladores incapacitados para su continuidad activa. La escasez de alimentos fue, por sobre todo, el problema más complejo a resolver por la gobernación española, cercada inicialmente por tierra, aunque aún no por mar. La captura de ganado enemigo, la incursión a territorios alejados de Montevideo donde poder proveerse, y la llegada de alimentos secos (arroz, fariña, porotos, tasajo) a través de los barcos mercantes de bandera española, inglesa o portuguesa que arribaban al puerto, constituían algunas de las soluciones al abastecimiento diario. En este problema, la función de la Armada hispana, al momento de buscar nuevos caminos de abastecimiento, destacó no solo protegiendo la llegada de embarcaciones al puerto, sino realizando algunas expediciones hacia zonas ubicadas en cercanía a la costa del Río de la Plata, pero alejadas del conflicto.

En relación al agua potable, la situación no fue menos compleja, pero sí más reducida en tiempo. Los meses del verano (diciembre de 1812 a marzo de

---

(13) «Del Parque de Ingenieros al Teatro / de Lorca el Regimiento hoy se traslada; / y aun allí de las bombas no está libre, / pues más lejos también alguna alcanza. ACUÑA DE FIGUEROA: 1890, t. I, p. 334.

(14) Con «del cuerpo de Albuera», Acuña hace referencia al regimiento militar del mismo nombre que, al llegar a Maldonado en el navío *San Salvador*, naufragó la noche del 1 de setiembre de 1812, salvándose cien hombres pertenecientes al mismo, así como treinta integrantes de la tripulación y algunos pasajeros. Juan Quijano, actor importante en el Montevideo colonial, fue quien entregó lo recaudado esa noche: 724 pesos fuertes. Ibídem: pp. 29 y 30.

1813) definieron momentos realmente acuciantes para los sitiados. Los pozos existentes al interior de la ciudad estaban prácticamente secos, y los de La Aguada[15] –zona naturalmente proveedora de agua a Montevideo– se hallaban en disputa con los rebeldes. Se impuso entonces, por orden del gobernador Vigodet, el riguroso control y la ración de su consumo, así como el uso obligatorio del agua de mar para lavado y riego.

Esta situación, en relación a los alimentos y el acceso al agua, asociada a las heridas de guerra y sus inevitables infecciones, así como también la llegada de contingentes militares afectados por la dura travesía atlántica, aceleró la presencia de enfermedades y epidemias. Los hospitales llegaron al extremo de la ocupación, debiéndose constituir otros espacios de atención, como iglesias y otras dependencias religiosas. En particular, el escorbuto llegó desde el mar, con sus inevitables afectaciones físicas en el rostro de los enfermos. En el periodo de verano de 1813, el estado sanitario de la ciudad alcanzó su peor momento.

Las acciones de caridad jugaron un papel amortiguador que resultó fundamental en ese proceso de debilidad social, familiar e individual. Bajo la profunda creencia de que «ganar el cielo» dependía en parte de las acciones realizadas en vida, la caridad no era un servicio menor en aquellos tiempos. Era además la única respuesta a un estado social que carecía del apoyo de las instituciones oficiales –el cabildo y la gobernación, básicamente–, aun cuando las políticas ilustradas enunciadas por Carlos III habían hecho fuertes referencias al papel que debían jugar las instituciones públicas respecto de la pobreza. En este sentido, fueron varias las familias patricias de Montevideo que participaron activamente en tareas de caridad social, a efectos de suplir el déficit de la institucionalidad pública.

A lo largo de los veintidós meses que duró el sitio, la sociedad montevideana parecía acostumbrarse a una sistemática convivencia con la muerte. Esta se sentía a través de muy distintas maneras y sentidos, bajo una suerte de sinestesia luctuosa. Si las bombas producían el espectáculo propio del horror, así como un fuerte efecto traumático, apenas más resistible era el dominante aroma de lo pútrido dentro de la ciudad, así como la inevitable presencia de sucesivos enterramientos bajo el tañido de las campanas, lo que imponía una fúnebre atmósfera cotidiana.

El final

Dentro de Montevideo, el colectivo social parecía atender –y también entender– los sucesos de la guerra dentro de un marco territorial bastante más

---

(15) La guerra por el control del agua llevó a estrategias verdaderamente inhumanas. En más de una oportunidad, los patriotas cegaron distintos pozos de La Aguada, mediante el arrojo de escombros y animales muertos, como manera de impedir su utilización por parte de los sitiados.

extenso que el de su geografía específica, propia del lugar de los hechos. Sin duda, este era el ámbito de las mayores penurias y dificultades derivadas de la coyuntura bélica, pero para muchos ciudadanos también era claro que la posibilidad de triunfar en aquellas circunstancias dependía, por sobre todo, del resultado alcanzado en otros frentes de la lucha regional –en el Alto Perú, fundamentalmente– y en el lejano espacio de la guerra peninsular librada contra la invasión napoleónica. Bien podemos referir entonces a una cartografía bélica restringida –aquella que se vivía en Montevideo–, así como a otra más amplia, de escala continental y dimensión atlántica, que fue seguida con ansia por los montevideanos a través de distintas fuentes: la correspondencia epistolar, con información que se disipaba rápida y oralmente en el vecindario, pero también a través del órgano oficial realista, la *Gazeta de Montevideo*, editado dentro del recinto amurallado. Este órgano prefirió centrarse en la información de ultramar en detrimento de los sucesos propios del segundo sitio de la ciudad –quizá porque sus resultados eran menos difíciles de ocultar–, manteniendo en alto las esperanzas hispánicas a partir de noticias, supuestamente alentadoras, que provenían de muy lejos.

Montevideo solo podría ser un escenario abierto a la revolución americana si –y solo si– era posible vencer la fuerza naval que lo protegía y que operaba en el marco de una bahía amplia, con dos posiciones fortificadas en sus extremos: la propia ciudad abaluartada y la fortaleza del Cerro, que protegía la farola. En este segundo ámbito se mantenía todavía una guardia importante que debía defender y controlar el ganado criado en sus inmediaciones, reservado para alimentar a la población sitiada y a su tropa. Si bien el frente de mar permanecía bajo su absoluto control, fenómeno que le permitía unir y comunicar esos dos territorios separados, poco faltaba para el final de esa hegemonía náutica y, por tanto, para el consecuente advenimiento de la definitiva derrota española.

Una flota armada en Buenos Aires, a partir de distintas embarcaciones bien equipadas y artilladas, operadas bajo el mando del comandante Guillermo Brown, quebró la fuerza defensiva que había sido hasta entonces monopolio de España. Hundidas y capturadas sus principales unidades navales, las fuerzas de tierra en Montevideo –a pesar de muchas voces opuestas a la decisión adoptada– resolvió finalmente entregar la plaza en 1814. Fue el final de la esperanza española por mantener el gobierno de esta zona de América y también el control del Atlántico sur.

En los años siguientes a la rendición, la forma de vida en la ciudad no fue ajena al conflicto y las tensiones vividas. Otros problemas le sucedieron, fundamentalmente entre orientales y porteños, al ocupar la plaza. También más tarde, distintos conflictos fueron frecuentes entre gobernantes artiguistas y los peninsulares que continuaron residiendo en Montevideo después de la derrota[16].

---

(16) Durante el periodo en que Montevideo estuvo bajo el mando de Fernando de Otorgués, lugarteniente de Artigas, la vida en la ciudad conoció episodios propios de una realidad cargada de resentimientos y temores, sobre todo para aquellos españoles considerados sospechosos de defender la monarquía y mantener contactos con autoridades peninsulares.

La ciudad, destruida materialmente y afectada en su vida social, distaba de lo que había sido a comienzos del siglo XIX, en lo previo a las invasiones inglesas. El propio Artigas estará alejado de ella durante su periodo de mayor esplendor político, residiendo en un primitivo poblado como Purificación, al noroeste de la Banda Oriental, por razones de orden geopolítico. Este hecho simboliza la crisis y decadencia de Montevideo, por más que fuese la ciudad más poblada de la provincia por entonces.

Sin embargo, su puerto y la bahía natural que le dio forma serán componentes vitales en el mantenimiento de su relevancia territorial y en la recuperación de su dimensión simbólica. Uno y otra serán el eje del subsiguiente crecimiento urbano ya en tiempos del dominio portugués, fenómeno que todavía demanda una detenida investigación histórica. Fue un periodo de recuperación frente a las heridas resultantes del segundo sitio, que permitirá también la consolidación de Montevideo como capital de una nueva república, casi finalizada la tercera década del siglo XIX.

Bibliografía

ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco (1890). *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812,1813 y 1814*, t. I y II. Montevideo, edición a cargo de Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes.

AGUERRE CORE, Fernando (2012). *Los últimos españoles. Autonomía y lealtad a la Corona en el Montevideo insurgente (1802-1815)*. Montevideo, Linardi y Risso.

ARCHIVO ARTIGAS, t. VII y X. Montevideo.

BARRÁN, José Pedro (2014). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. La cultura «bárbara»-El disciplinamiento*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

FUCÉ, Pablo (2014). *El poder de lo efímero. Historia del ceremonial español en Montevideo (1730-1808)*. Montevideo, Linardi y Risso.

MUÑOZ, Bartolomé Doroteo (1954). Diario del segundo sitio de Montevideo. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, XXI. Montevideo.

PÉREZ MONTERO, Carlos (1942). *La calle del 18 de Julio (1719-1875). Antecedentes para la historia de la ciudad nueva*. Montevideo, El Siglo Ilustrado.

REY ASHFIELD, William (2006, dic.) Arquitectura ilustrada en el Río de la Plata: el proyecto para una Casa de Misericordia en Montevideo. *Humanidades. Revista de la Universidad de Montevideo*. Año 6, núm. 1, 59-68.

TORRES, Alicia (2010). *La* Gazeta de Montevideo *(1810-1814). Encubrimiento y representación*. Montevideo, Rebeca Linke.

INSTITUTO DE HISTORIA
Y CULTURA NAVAL
ARMADA

ISBN 978-84-1083-0646